

INAPLAZABLES EXIGENCIAS DE LA ENCICLICA

"Hay que darse prisa"... "hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes"... "quieran los responsables oírnos antes de que sea demasiado tarde"... "la hora de la acción ha sonado ya"... "no hay que esperar pasivamente directivas"... Frases apremiantes, cabalgando nerviosamente por todo el documento pontificio, repetidas una y otra vez, no son meras consignas o invitaciones a una toma de conciencia, sino órdenes perentorias para una acción cristiana concreta e inmediata, tanto en el plano individual y ambiental como en el nacional e internacional.

"Una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema y convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la humanidad... La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia y llama a todos para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos." (P. P. n. 3)

Esta clarinada de la Iglesia, llamando a juicio y razón a toda la humanidad, sería, sin embargo, un grito en el vacío y en la confusión si no fuera acompañada de la acción de los cristianos.

Con este fin constituyó Paulo VI la Comisión "Justicia y Paz", que se reunió por primera vez días después de la promulgación de la encíclica y que quiere ser cauce abierto a la promoción del progreso de los pueblos más pobres y de la justicia social entre las naciones.

Toma de conciencia y revisión de vida

Una actuación eficaz y armoniosa, que no vaya a agudizar los problemas, requiere una toma de conciencia. Percepción aguda del desequilibrio creciente, de las violentas disparidades en el goce de los bienes y en el ejercicio del poder, del brusco despertar de los pueblos a su miseria y al escándalo de la prodigalidad de los pueblos ricos, lucha generacional rompiendo el inestable equilibrio familiar y social... Tensión universal, difícil de contener en las viejas fórmulas, que ya no aceptan pueblos enteros, ni generaciones enteras, en los mismos pueblos satisfechos.

Son los cristianos los que deben ir en vanguardia, por su testimonio existencial, en la lucha por la preeminencia de los valores humanos, morales y espirituales. ¿Podría haber peor "antitestimonio" que el de los cristianos, pueblos y personas, poseídos por el cáncer de la avaricia, "la forma más evidente del subdesarrollo moral", ávidos de gozar, poseer y dominar?

Si nadie "tiene razón ninguna para reservarse en uso exclusivo lo que supera la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario", ¿la tendrá un cristiano? ¿Hasta dónde es ello compatible con el minimum de honradez cristiana? Esto no es, por otra parte, sino una faceta del propio desarrollo, deber esencial del hombre y particularmente del cristiano. (P. P. n. 15, 16)

Parte integrante de la toma de conciencia y presupuesto básico para la acción es un honrado examen de conciencia, una sincera revisión de vida. La encíclica se lo exige con apremiantes palabras a los ricos, que no

deben escatimar esfuerzos ni sacrificios como miembros más responsables en la comunidad en razón de sus mayores posibilidades:

"A cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época. ¿Está dispuesto a sostener con su dinero las obras y las empresas organizadas en favor de los más pobres? ¿A pagar más impuestos para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo por el desarrollo? ¿A comprar más caros los productos importados para remunerar más justamente al productor?" (P. P. n. 47)

Si "no se puede admitir que ciudadanos provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos y de la actividad nacional, las transfieran en parte considerable al extranjero, sin preocuparse del daño evidente que con ello infligen a la propia patria", ¿no se acrecentará la responsabilidad de los cristianos de los países subdesarrollados que así lo hacen?

También a nuestros políticos y gobernantes, en esta Venezuela de los terribles contrastes, les convendría meditar y sacar conclusiones de las frases de la *Populorum Progressio*:

"Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable." (P. P. n. 53)

Compromiso cristiano y caridad

Si la encíclica es un requerimiento insistente a una confrontación de los cristianos con la realidad y con su propia conciencia, dejaría de ser "la palabra de esperanza", anunciada por el Papa en su mensaje pascual, si no se tradujera en una actitud práctica, decidida, de los mismos cristianos frente al desarrollo.

"Cada uno debe aceptar generosamente su papel, sobre todo los que por su educación, su situación y su poder tienen grandes posibilidades de acción." Esta debería empezar por un acto de desprendimiento de los propios haberes. ¿Damos los cristianos, tanto laicos como eclesiásticos, particularmente en los países subdesarrollados, ejemplo de pobreza y sencillez evangélica? ¿Son los religiosos "abanderados de la pobreza voluntaria?" (Vat. II, Religiosos, n. 13)

Hay puestos de excepcional importancia para la promoción humana en los que no deberían estar ausentes los cristianos: programas de desarrollo, educación básica y alfabetización, promoción familiar y comunitaria, organizaciones profesionales...

Un pluralismo legítimo, profesional y sindical se abre a los cristianos como esperanzador campo de influencia y elimina la asfixia del grupo cerrado "confesional". ¿Por qué los cristianos no pueden ser estupendos colaboradores de todos cuantos trabajan en el servicio desinteresado de sus hermanos?

La principal enfermedad del mundo está hoy en la ausencia de fraternidad. Y sólo el evangelio de Cristo vivido y testimoniado puede llenar este vacío. Por eso la caridad de los cristianos, traducida en términos de promoción del desarrollo, verdadero nombre de la Paz, y extendida a todos los hombres, sin distinción de raza, religión o nacionalidad, debe ser "más activa, más atenta, más generosa".

Esta caridad exige de los cristianos "una entrega completa de cada uno, en la medida de sus fuerzas y posibilidades, a la lucha por el desarrollo" (P. P. n. 75). Camino que implica esfuerzo y sacrificio, que unidos al de Cristo serán portadores de progreso y salvación.

La misión de renovar las estructuras temporales pertenece a los seglares, quienes, sin esperar pasivamente consignas y directrices, deben "resueltamente emplearse en infundir a esas reformas el espíritu evangélico".

Si la profunda raíz de los males presentes está, en frase del Papa a la Comisión "Justicia y Paz", en el corazón de los hombres, en su egoísmo y falta de altruísmo, sólo la auténtica caridad de Cristo, reinando en los corazones de los cristianos e irradiando a sus hermanos, puede producir el cambio decisivo que necesita el mundo de hoy.

J. M. G.